

ALBERTO CERZUELA

EL REFUGIO
DE LOS
INVISIBLES



El cadáver de una joven con un extraño tatuaje aparece en la antigua fortaleza árabe de Almería, la Alcazaba. A su lado, una pistola de otra época y un libro con una sugerente dedicatoria. Todas las miradas apuntan a su autor, el exitoso escritor Héctor Coronado, cuya vida está repleta de sospechas, críticas y enemigos.

Pero no será el único crimen que azote la ciudad. Por eso, la inspectora Reyes Martínez, del Grupo de Homicidios de la Policía, se enfrentará al caso más difícil de su carrera: una intrincada malla de sobresaltos, pistas falsas, puertas que no terminan de abrirse y fantasmas del pasado que pueden regresar en cualquier momento. Y los que hablan sobre amores prohibidos son los que más daño hacen. Ella no dudará en saltarse las reglas para encontrar al asesino porque, de lo contrario, sus propios miedos acabarán por destrozarla.

El refugio de los invisibles es una novela negra que baila con la pasión, los errores, las leyendas, la mitología y, especialmente, con lo más profundo de la mente humana.

¿Hasta dónde serías capaz de llegar para conseguir aquello que consideras tuyo? ¿Matar? ¿Encubrir? ¿Mentir? Una constante lucha entre el bien y el mal en la que nadie sabe quién saldrá victorioso.

Todos pueden ser culpables. Todos parecen mentir. Todos tienen motivos para hacerlo. La única verdad es que nunca terminas de conocer a quienes te rodean.

A Noelia, mi refugio.
Nunca serás invisible.

Sueña como si fueras a vivir para siempre; vive como si fueras a morir hoy.

(JAMES DEAN)

Primera parte

La muerte es el comienzo de la inmortalidad.

(ROBESPIERRE)

El castillo del rey

Ya no está. Se ha ido. No hay vuelta atrás. ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Por qué lo permitimos? Sinceramente, no me creía capaz de hacerlo. Y algunos piensan que soy débil. No me conocen. No saben de mi dolor. La necesitaba tanto... Pero ya no puedo seguirla. Y todo por mi culpa.

Solo han pasado unas horas y sigo teniendo dudas. ¿Podré vivir sin ella? No lo sé. Lo seguro es que no había elección. Después de hacerlo pensé en mi abuelo.

Él, que había luchado en una guerra civil y estuvo varios meses recluido en un campo de concentración francés, decía que un hombre, con el tiempo, se acostumbra a todo. Puede vivir en la India a más de cuarenta y cinco grados, y también en Siberia a treinta bajo cero. También se acostumbra a andar con muletas, incluso a ir en silla de ruedas. ¡Y a perder un brazo! Acostumbrarnos, según mi abuelo, era la absurda manera que tenemos las personas para seguir siendo felices a pesar de las desgracias. Pero yo no sé si sabré estar sin ella. ¿Me acostumbraré a no ver su sonrisa? ¿A que no eleve mis celos al máximo exponente? ¿A no volver a percibir su olor? Yo creo que no, aunque no hay que subestimar la fuerza de un hombre.

Su ausencia me definirá a partir de ahora. ¿Y qué podré hacer cuando la eche tanto de menos que el pecho me reviente? Quiero aguantarlo, debo aguantarlo. Debemos ser consecuentes con nuestras decisiones. Nuestro amor es inmortal. Contigo al fin del mundo, nos decíamos. Y ya nada de eso vale. Ni siquiera voy a ser capaz de volver a nuestro refugio. Sin un nosotros ha dejado de ser

ese lugar donde nos hacíamos invisibles. Donde escapábamos de todo y de todos: el castillo del rey.

El hombre que tiene miedo busca refugio en los montes, en los bosques sagrados o en los templos. Sin embargo, tales refugios no sirven, pues allí donde vaya, sus pasiones y sus sufrimientos lo acompañarán.

(BUDA GAUTAMA)

1.

EL TELÉFONO DE LA INSPECTORA Reyes Martínez sonó esa mañana demasiado pronto. Ella solía levantarse cuando los rayos del sol de Cabo de Gata entraban por las rendijas de su persiana y se estrellaban directamente en su cara. No tenía despertador. Ni siquiera alarma en el móvil. En los últimos días apenas había conseguido dormir tres horas seguidas sin ayuda del Alprazolam que su médico, el doctor Pedro Mezquita, le recetaba a pesar de que sabía que estaba enganchada. Además, estaba de suerte: no había tenido ninguna pesadilla, o al menos no la recordaba.

—¡Dios! Es el comisario Malvido. ¿Qué querrá tan temprano?

Era muy raro que su jefe la llamase. Algo grave tenía que haber pasado, y de pronto sintió un mal augurio por el cuerpo. Por eso decidió hacerse un rico café de pota que le había descubierto su amiga Nieves, criminóloga de La Coruña, antes de devolverle la llamada al cascarrabias de su superior. No hizo falta, Ramón Malvido volvió a llamar.

—Dime, Ramón —contestó con un tono a medio camino entre la incertidumbre y la curiosidad.

—¡Martínez! —Así solía llamarla cuando se ponía serio, sacando de quicio a Reyes—. ¡Siento haber profanado tu ritual de cada mañana, pero necesito que vengas cagando leches!

Malvido conocía perfectamente la rutina de Reyes. De hecho, era la persona más cercana que tenía. La trataba

como una hija aunque a ella no le gustaba que el resto de compañeros pensasen que era el ojito derecho del jefe. El ritual al que se refería consistía en unas cuantas carreras por la playa hasta llegar a la iglesia de Las Salinas, trayecto que aprovechaba su perro Gordon para chapotear en el agua; llegar a casa y degustar un café tras la ducha, mientras leía unas veinte páginas del último título que había comprado en una librería que recientemente habían abierto en el barrio.

—¡Eres un malhablado, te lo he dicho mil veces! ¿Qué ha pasado? —contestó ella mientras notaba cómo el acento de su corazón iba *in crescendo*.

—¡Ha aparecido un cadáver en la Alcazaba, y todo apunta a una muerte en extrañas circunstancias!

Una muerte en la Alcazaba. Aquello paralizó a Reyes durante unos segundos. No podía ser en otro lugar. Y precisamente tenía que ir ella.

—¡Martínez, joder! ¿Estás ahí? ¿O es que te ha comido la lengua el gato? —De nuevo apareció el malhumor del comisario.

—¡Sí, es que me ha pillado de sopetón! Como en Almería nunca pasa nada... —respondió la inspectora, aunque su interlocutor sabía perfectamente lo que ocurría.

—¡Vente para acá y por el camino avisa al subinspector Campillo! —fueron las últimas palabras del comisario antes de colgar.

Era paradójico que Reyes esa noche, después de mucho tiempo, no tuviese ninguna pesadilla, justo la mañana en que tenía que volver, por primera vez en años, al barrio donde tuvo las peores de su vida.

2.

EL TIMBRE DEL TELÉFONO asustó a Lucas Campillo. No esperaba la llamada. Se encontraba dejando a sus niñas en la puerta del colegio.

–¡Dadle un beso a papá! –comentó a sus dos amores, como así las llamaba.

Y es que Laura y Alejandra habían cambiado la vida del joven policía. Reyes era su superior, y él lo acataba con la mayor profesionalidad posible, pero a veces el carácter autoritario de su compañera le impedía disfrutar al cien por cien de su trabajo.

–Buenos días, inspectora. ¿Ha pasado algo?

–Campillo, tenemos que ir rápidamente a la Alcazaba. El director del conjunto monumental avisó a emergencias esta mañana, y los zetas que se personaron allí han confirmado el hallazgo del cadáver de una chica.

–Y a nosotros, como cabezas del Grupo de Homicidios, nos toca investigar –interrumpió el subinspector mientras se le abría la boca de un bostezo.

–¿Es que te han dado guerra las niñas esta noche, Luquitas? Por eso yo no quiero saber nada de traer familia al mundo –sentenció Reyes.

–Para traer familia al mundo, como tú dices, primero necesitas alguien que te ayude. Y no me refiero a alguno de esos tíos que conoces en el Bar de Jo y que no pasan del primer asalto –terminó de decir Lucas al tiempo que comprendía que se había pasado.

Era consciente de que no son formas de dirigirse a un superior, pero la verdad es que le tocaba las narices que

le llamasen Luquitas. Él consideraba que su trabajo era impecable y que merecía una oportunidad como inspector, pero todo el mundo sabía de qué pie cojeaba el comisario. Aun así, se contuvo porque el motivo de su bostezo no eran las niñas. Los angelitos habían dormido a pierna suelta. Lucas no había pegado ojo escuchando ese *podcast* de misterio que tanto le gustaba. La noche anterior habían estado hablando del edificio n.º 1 de la calle Tres Forques, en Valencia, una finca en la que habían muerto once personas desde 1957, todos de distinta forma. Era el bloque de pisos maldito más famoso de España.

—¡Subinspector, no hay tiempo que perder! Nos vemos al principio de la calle Descanso, justo en el cruce con la Almedina —ordenó Reyes.

3.

ELLA FUE LA PRIMERA EN LLEGAR. Le temblaban las piernas y eso que no era una mujer impresionable. De hecho, era la inspectora jefe del Grupo de Homicidios, pero aquel barrio la había marcado demasiado. Había vivido hasta los dieciocho años en la calle Cisne, muy cerquita de La Guajira, esa asociación cultural que, desde su casita azul, había lavado la cara del barrio con sus conciertos, exposiciones y actividades varias. Las vistas a la Alcazaba que brindaba a los clientes, desde su terraza, no tenían precio. Era el mejor exponente del toque multicolor que tenía La Almedina, junto a las almenas y los rosales, y a las pintorescas casas pintadas de la calle Descanso. A medida que Reyes subía hacia la Alcazaba, cada paso era un golpe en la espalda. Los mismos que recibía su madre a manos de su padre cada vez que este se emborrachaba. La inspectora no había hablado a nadie sobre sus orígenes. «¡Eres demasiado hermética!», le decían en la comisaría. Pero no quería revivir aquellas heridas.

–¿Cuándo fue la última vez que visitaste la Alcazaba? –preguntó Lucas Campillo, con la clara intención de arrancar una palabra a su compañera, que permanecía callada desde hacía varios minutos.

–Nunca he puesto un pie dentro.

–¡Es imposible! –espetó Campillo–. Así nos va a los almerienses, que preferimos gastarnos un dineral en hacer turismo en el extranjero, cuando aquí tenemos un patrimonio espectacular. ¡Hasta los de fuera nos valoran más!

Acuérdate de *Juego de Tronos*, que se rodó aquí hace unos años.

–¿Juego de qué?

–¡Vaya! No recordaba que doña intelectual no veía la tele –murmuró en tono jocoso Lucas–. Ella solo lee libros sofisticadísimos.

En realidad, los libros que Reyes Martínez leía, lejos de lo que pueda parecer, eran de todo menos sofisticados. Le encantaban las novelas románticas. Quizá para evadirse de lo que día a día veía en la calle, o por un deseo reprimido de enamorarse y casarse, algo a lo que ya prácticamente había renunciado.

–No duermes para descansar, duermes para soñar... ¡Bonita frase, inspectora! Aunque no sé qué demonios pinta en esta calle.

–Vete tú a saber, Campillo, vete tú a saber –respondió Reyes para acabar con la conversación.

Claro que sabía la historia de esa frase. Era de Walt Disney y homenajeaba a los niños. A todos los niños que, como ella, habían crecido jugando en aquel pequeño parquecito, hoy bastante deteriorado por la falta de cuidado y el paso del tiempo. Aquello le volvió a recordar a sus padres. Las palizas que él le propinaba a ella y cómo, una vez completado su desahogo, sentaba a la pequeña en su regazo mientras terminaba de emborracharse empinando la botella de vodka. Eran los únicos momentos que podía compartir con su padre, al que por alguna absurda razón idolatraba en aquel momento hasta el punto de aceptar los chupitos de alcohol que él le ofrecía antes de caer desplomado de sueño en su vieja mecedora.

Al día siguiente, para paliar los remordimientos y lavar su conciencia, su padre le traía algún juguete: una muñeca, una caja con cromos de Barbie y hasta una Nintendo NES. Pero, aun siendo una niña, sabía que lo importante no era tener muchos juguetes, sino tener con quién jugar, y de eso carecía.

Para que no llorase, Lucía, su madre, le contaba la historia de un niño que no se asustaba ante nada. Se llamaba Juan sin Miedo. ¡Qué valiente era! Él solo había derrotado a varias criaturas, fantasmas, brujas y ogros. Aquello también era mentira. Jamás ha existido alguien que no tenga miedo. Porque hay muchos tipos: miedo a perder a tus seres queridos, miedo al monstruo que vive dentro de tu armario o debajo de la cama, miedo a no poder pedir ayuda cuando más lo necesitas, miedo a que mueran todas esas mariposas que revolotean en tu tripa cuando te gusta un chico... o miedo a no saber qué será de ti cuando un buen día tienes que llamar a la policía porque encuentras a tu madre llena de moratones sobre un charco de sangre, y a tu padre colgado del techo del dormitorio. Por suerte, el primer policía que llegó prometió ser su héroe. Se hizo cargo de ella, la obligó a apuntarse a la Academia de policía y estuvo velando siempre por su carrera y por su vida. Su héroe no volaba ni tenía superpoderes, se llamaba Ramón y estaba a punto de jubilarse como comisario de Almería.

—¿Dónde vais tan solicos, maderos? —Una voz ronca y seca hizo volver a Reyes de sus pensamientos.

Era un patriarca gitano que había taponado, con su silla, la parte final de la calle Descanso, justo antes de llegar a la estatua del rey Jayrán, gran oficial del ejército califal y primer rey de la taifa de Almería. Su mirada intimidaba. Apenas se le distinguía nada más en un rostro poblado por una gigantesca barba blanca y su larga cabellera.

—Déjenos pasar, solo queremos hacer nuestro trabajo.

Con suavidad, la inspectora Martínez intentó que aquel señor no les diera problemas. Ella sabía quién era. Y él quién era ella.

—Mariquilla, te voy a dejar pasar, pero ten mucho cuidado. Espero que encontréis al malnacido que le ha hecho eso a la pobre paya.

—¿Y usted cómo sabe que ha pasado algo con una mujer? —interrumpió Lucas con gesto malhumorado.

—Yo sé todo lo que ocurre en mi barrio, criatura: el diablo sabe más por viejo que por diablo. Él ya os ha elegido, camina junto a vosotros... y cuando coge a alguien, no lo suelta jamás.